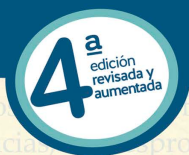


Escribir en Barranquilla

RAMÓN ILLÁN BACCA



RAMÓN ILLÁN BACCA

Escritor nacido en Santa Marta (Colombia). Se dedicó al periodismo y a la literatura y durante más de 20 años ha regentado la cátedra de Literatura en la Universidad del Norte (Barranquilla, Colombia). Ha publicado los libros de cuentos *Marihuana para Goering* (Lallemand Abramuck, 1980), *Tres para una mesa* (Ediciones La cifra, 1991), *Señora Tentación* (M.I. Editores, 1994), *El espía inglés* (Eafit, 2001), *Cómo llegar a ser japonés* (Ediciones Uninorte, 2010), y las novelas *Deborah Krue* (Plaza y Janés, 1990), *Maracas en la ópera* (Planeta, 1999), *Disfrázate como quieras* (Seix Barral, 2002), *La mujer del desfenestrado* (Ediciones Pijao, 2008) y *La mujer barbuda* (Planeta, 2010); la antología *25 cuentos barranquilleros* (Ediciones Uninorte, 2000) y la recopilación de artículos *Crónicas casi históricas* (Ediciones Uninorte, 2007). Dirigió el proyecto *Voces 1917-1920 edición íntegra* (Ediciones Uninorte, 2003), por cuyo prólogo obtuvo el Premio Simón Bolívar 2004 en la categoría de mejor artículo cultural. Así mismo, como resultado de su actividad investigativa en la Universidad del Norte, publicó la primera edición de *Escribir en Barranquilla* en 1998. Sus cuentos *Marihuana para Goering* y *Si no fuera por la Zona caramba* aparecen en antologías del cuento colombiano. *Deborah Krue* fue mencionada en el concurso novela Plaza Janés 1987 y *Maracas en la ópera* fue ganadora en el concurso Cámara de Comercio de Medellín, 1996. Ha sido traducido al francés, al árabe, al italiano, el alemán y el eslovaco.

Escribir en Barranquilla



COLECCIÓN
BARRANQUILLA
200
1813 - 2013

Escribir en Barranquilla



Ramón Illán Bacca

Área metropolitana
de Barranquilla (COLOMBIA), 2020

UN UNIVERSIDAD
DEL NORTE
Editorial

Bacca, Ramón Illán.

Escribire en Barranquilla/Ramón Illán Bacca. 4ª edición revisada. --Barranquilla, Colombia: Editorial Universidad del Norte, 2020.

xvi ; 332 p.

ISBN 978-958-789-228-4 (PDF)

1. Literatura colombiana. 2. Ensayos colombianos. I. Tít.
Co864.44 B116



Vigilada Mineducación

www.uninorte.edu.co

Km 5, vía a Puerto Colombia, A.A. 1569

Área metropolitana de Barranquilla (Colombia)

Primera edición, 1998

Segunda edición, 2005

Tercera edición, 2013

Cuarta edición, 2020

© Editorial Universidad del Norte, 2020

Ramón Illán Bacca, 2020

Edición y coordinación editorial

Zoila Sotomayor O.

Asistencia editorial

María Margarita Mendoza

Leonardo Carvajalino

Diseño y diagramación

Munir Kharfan de los Reyes

Diseño de Portada

Carolina Algarín

Corrección de textos

María Clara Escobar

Henry Stein

Hecho en Colombia

Made in Colombia

© Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio reprográfico, fónico o informático, así como su transmisión por cualquier medio mecánico o electrónico, fotocopias, microfilm, *offset*, mimeográfico u otros sin autorización previa y escrita de los titulares del *copyright*. La violación de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

El autor

RAMÓN ILLÁN BACCA

Escritor nacido en Santa Marta (Colombia). Se dedicó al periodismo y a la literatura y durante más de 20 años ha regentado la cátedra de Literatura en la Universidad del Norte (Barranquilla, Colombia). Ha publicado los libros de cuentos *Marihuana para Goering* (Lallemand Abramuck, 1980), *Tres para una mesa* (Ediciones La cifra, 1991), *Señora Tentación* (M. I. Editores, 1994), *El espía inglés* (Eafit, 2001), *Cómo llegar a ser japonés* (Ediciones Uninorte, 2010), y las novelas *Deborah Kruel* (Plaza y Janés, 1990), *Maracas en la ópera* (Planeta, 1999), *Disfrázate como quieras* (Seix Barral, 2002), *La mujer del desfenestrado* (Ediciones Pijao, 2008) y *La mujer barbuda* (Planeta, 2010); la antología *25 cuentos barranquilleros* (Ediciones Uninorte, 2000) y la recopilación de artículos *Crónicas casi históricas* (Ediciones Uninorte, 2007). Dirigió el proyecto *Voces 1917-1920 edición íntegra* (Ediciones Uninorte, 2003), por cuyo prólogo obtuvo el Premio Simón Bolívar 2004 en la categoría de mejor artículo cultural. Así mismo, como resultado de su actividad investigativa en la Universidad del Norte, publicó la primera edición de *Escribir en Barranquilla* en 1998. Sus cuentos *Marihuana para Goering* y *Si no fuera por la Zona caramba* aparecen en antologías del cuento colombiano. *Deborah Kruel* fue mencionada en el concurso novela Plaza Janés 1987 y *Maracas en la ópera* fue ganadora en el concurso Cámara de Comercio de Medellín, 1996. Ha sido traducido al francés, al árabe, al italiano, el alemán y el eslovaco.

Contenido

Proemio.....	ix
Prólogo (a propósito de la tercera edición)	xi
<i>Ariel Castillo Mier</i>	
El modernismo en Barranquilla	1
El mundo de <i>Cosme</i>	47
Presencia de <i>Voces</i>	85
Las revistas literarias en Barranquilla.....	117
Aproximaciones a la literatura del carnaval	192

APÉNDICE

El nadaísmo en Barranquilla	213
Frente al estante alemán	224
Qué se lee en Barranquilla (I) (1987)	232
Qué se lee en Barranquilla (II) (1997)	239

SEMBLANZAS DEL GRUPO DE BARRANQUILLA

La Barranquilla de Gabriel García Márquez	245
Barranquilla y su grupo	261
Ramón Vinyes i Cluet (1882-1952).....	269
Bob Prieto (1913-1963)	274
Álvaro Cepeda Samudio (1926-1972).....	278
Don Germán, el Patriarca (1917-1991).....	282
Meira Delmar.....	290
Cuando se llamaba Marvel Luz (1939-1995)	292
El cuento entre nosotros.....	293
Nuestra <i>Lost Generation</i>	302
Índice alfabético de personas, obras y lugares	307

Proemio

El nexo común de estos trabajos —resultado de mis lecturas y vivencias— es que todos tratan sobre el universo literario de Barranquilla.

El lapso central estudiado va desde finales del siglo XIX hasta los años ochenta. Si en algunas partes se excede este límite, es debido a la inveterada y ya proverbial indisciplina del autor.

No es este ni un libro de historia de la literatura, ni de crítica literaria, como tampoco un texto didáctico. No se hallará, pues, aquí un estudio completo ni de la poesía, ni de la novela, ni del teatro, ni del ensayo entre nosotros, sino, descartado todo lo anterior, lo que resta.

Hay muchos personajes nombrados, y otros también relevantes que no lo fueron, porque el tema tal vez no lo exigía. Si alguien se considerara injustamente ignorado, le presento mis excusas.

Con este modesto intento de estudiar la literatura en Barranquilla, y con la aspiración de motivar a futuros cultores e investigadores, espero que este libro le sea útil a alguno, sin perjudicar a nadie. R.I.B.

Prólogo

(A propósito de la tercera edición)*

ARIEL CASTILLO MIER**

El objeto de *Escribir en Barranquilla* es la actividad literaria en esta ciudad: el acto de escribir y su recepción, mucho más que la escritura. No interesan tanto aquí las obras en sí, la producción textual, como los hechos —pintorescos, insólitos, risibles— de la vida literaria y los contextos social, económico y cultural.

El punto de partida de esta historia no es, pues, ni el texto ni la construcción y significación de los mensajes, sino el ameno anecdotario que se desprende de la actividad literaria en la ciudad. Cuando El Autor afirma que su libro no es historia literaria tiene, en parte, razón, si consideramos los nuevos caminos de esta disciplina en nuestros días. Pero lo cierto es que este trabajo pone de manifiesto una añeja concepción de la historia literaria entendida como un orden acumulativo en el que se establecen relaciones indiscriminadas entre el texto y las escuelas, el autor, la so-

*Fragmento del artículo “Escribir en Barranquilla: panoramas heterogéneos de un escritor notable”, publicado en *Aguaita*, n.º 1, marzo de 2009, pp. 114-121.

** Crítico literario. Licenciado en Filología e Idiomas de la Universidad del Atlántico, con estudios de maestría en Letras Iberoamericanas de la UNAM y de doctorado en Letras Hispánicas de El Colegio de México.

ciedad, la filosofía, la religión, etc., sin precisar su subordinación ni justificar la importancia del aspecto comentado.

En otras palabras, lo que interesa aquí es la literatura como *institución social* y no en cuanto creación, de manera que se soslayan aspectos como la continuidad y ruptura entre las obras, la permanencia y la renovación de una tradición literaria, la génesis y la formulación de programas y sus realizaciones, la distribución de la producción en etapas y periodos. Las preguntas que orientan el trabajo de Ramón Bacca, y a las cuales les da diestras respuestas son: en una época dada, quiénes escribían, para quién, quién leía, por qué, qué formación tenían lectores y escritores, quiénes alcanzaron el éxito, qué cambios se produjeron en cuanto al gusto, qué relaciones había entre las letras y la política y la religión.

No obstante, El Autor logra equilibrar las limitaciones de la historiografía positivista con una de las virtudes de esa misma tendencia, la erudición, si bien mediante un uso extraño de la misma que podría denominarse “erudición vergonzante”. Iconoclasta, ajeno a la solemnidad y a la pedantería, pero aficionado a los refinamientos culturales; amante de la alta cultura de los museos y las bibliotecas, pero también de la cultura oral de la tertulia; dueño de una intuición certera, la voz que habla en esta historia camufla su vasto saber entre anécdotas significativas. Un rápido repaso de las fuentes de su texto nos revela el amplio bagaje, y no sólo literario, que posee. Detrás de cada capítulo es posible detectar las minuciosas y arduas prácticas del investigador, su voracidad lectora, la lenta y laboriosa frecuentación de crónicas, editoriales de prensa, historias de vida, memorias del periodismo, traducciones, archivos

privados, biografías de escritores, manuales de literatura, conversaciones con los protagonistas, hojas volantes, libros de viajeros, autobiografías, diarios, aunados al conocimiento directo del sistema literario nacional, continental y universal y del contexto artístico, en particular, del musical y cinematográfico.

Estructurado y desarrollado con base en la proliferación anecdótica, en *Escribir en Barranquilla* abundan los incidentes pintorescos. Mencionemos algunos: la actitud contemplativa y hedonista de Gómez Carrillo en pleno hundimiento del Amerique; las lambonas dedicatorias de López Peña a los escritores consagrados y el cipote ladrillo que cargaba en el bolsillo para defenderse de los apodos callejeros; el desplante de Leopoldo de la Rosa al poeta visitante Francisco Villaespesa, el tesorero cumplimiento de su promesa de no trabajar nunca más en la vida y la penitencia que debió pagar por mirar demasiado a la mujer de un militar mexicano: la recitación de sus obras completas y, algo más, con un rencoroso revólver en la sien sudorosa; la carta apócrifa de Vargas Vila a sus admiradores, escrita por Vinyes; la *gaffe* de un tenorio de la aristocracia local que se presentó al Hotel Moderno con un gran ramo de flores y la intención insidiosa de invitar a comer a Titta Ruffo; la muerte del narrador García Herreros, un sábado de carnaval, atropellado por un carro de mulas, mientras declamaba versos en latín; la muerte en la carretera del pintor “Figurita”, disfrazado de reina de Bolivia, al caer-se bebido de una carroza de carnaval; el pasaje de regreso a Barranquilla encontrado entre los papeles de Ramón Vinyes a la hora de su muerte. Además de estos casos curiosos, pero sugerentes, el libro registra con detalle ciertos sucesos significativos como el paso por la ciudad de poetas

visitantes; la correspondencia entre los famosos y los artistas; el cotorreo de las tertulias, la aventura de las revistas, las representaciones teatrales, las conferencias, las lecturas predilectas y los profesores invitados. De hecho, muchos de estos materiales son empleados indistintamente tanto en las crónicas como en las novelas y cuentos de Ramón Illán Bacca. De esta manera lo que se pierde en rigor científico se gana en poesía, en deleite.

Pese a la aparente trivialidad de los numerosos incidentes curiosos con los que Bacca anima su relato, sabe explotarlos para armar un puntual inventario de los hechos esenciales de la vida literaria de la ciudad y un registro coherente de textos y autores fundamentales que constituyen un importante material de base para futuros trabajos monográficos que amplíen (o refuten) las opiniones aquí propuestas y extraigan el mayor número de consecuencias de los datos.

Además del recurso del relato saleroso, Bacca apela a otro artificio de sus ficciones: la búsqueda de frases memorables, que cumplen varias funciones simultáneas: al tiempo que desnudan una manera de pensar plena de prejuicios parroquiales, de carencias, ponen en evidencia una mentalidad, una actitud cerril frente a la realidad, y provocan la risa del lector. Valga como ejemplo esta cita, tomada de la revista paradójicamente llamada *Civilización*: “La mujer que se dedica a escribir aumenta el número de libros y disminuye el de las mujeres” (p. 57). Pero puede ocurrir también que la cita funcione como la estocada que pone punto final a un asunto que parece prolongarse demasiado. Después de examinar la trayectoria literaria de López Penha, que no le inspira la menor simpatía a El Autor, este

acude a una frase lapidaria de Emerson: “La falta completa de poesía en una inteligencia trascendente significa una enfermedad, y como voz ronca en una persona hermosa, es una especie de advertencia” (p. 25).

La acumulación de las citas va configurando un inmenso collage de voces que ponen de manifiesto la temperatura moral de una época. De las abundantes frases memorables presentes en *Escribir en Barranquilla* podríamos destacar la perversa comparación del modernismo con la cumbia que hace Fray Candil (p. 28), la autodefinición de Julio H. Palacio, un intelectual que confundía deliberadamente la vida del escritor con la política (p. 136) o la caracterización de los militares costeños por parte de Luis Ricardo (p. 142) y la definición de nadaísmo que enuncia El Autor: “esa mezcla de existencialismo, surrealismo, “beatnikismo” y frijol antioqueño” (p. 218).

Entre los aportes más significativos y saludables del libro, cabe resaltar su actitud equilibrada frente a los autores y las obras. Ajeno al nacionalismo que infecta los registros de la historia literaria colombiana y a su tendencia a convertir en héroes y a divinizar los literatos, independientemente de la calidad de sus obras, en este libro, Bacca, sin dejar de reconocer la hazaña épica que implica escribir (o sobrevivir como escritor) en Barranquilla, nos muestra también las torpezas y las limitaciones en el ejercicio de esa labor. Así sucede, por ejemplo, con Ramón Vinyes, a quien al tiempo que le reconoce sus méritos en la modernización de la literatura en la ciudad, le cuestiona su flaqueza filosófica y su tendencia a la intolerancia. Más que endiosar, El Autor desmitifica.

De igual manera es digno de resaltarse el empleo de un método contrastivo para valorar nuestra producción literaria, como ocurre con sus disquisiciones veloces, pero informadas, acerca de la tradición esotérica en la literatura o la postulación de vínculos entre el cine de la época y *Una triste aventura de catorce sabios* o las verosímiles relaciones entre la construcción del personaje Cosme, en la primera novela de José Félix Fuenmayor con la heterodoxa caracterización del protagonista en *Tristram Shandy* de Lawrence Sterne.

El modernismo en Barranquilla*

I

Fernando de Lesseps llegó a Barranquilla una mañana de diciembre de 1879. En la crónica del padre Revollo —en la cual se relatan los hechos con incidentes pintorescos como el remplazo del prefecto de la provincia y el alcalde por otros de mejor presencia física y mejor empleo de las formas de cortesía— se presenta al alto mundo social, político y comercial de la Barranquilla de entonces. Curiosamente, en esa crónica también aparece el mundillo cultural de “La Arenosa”. Unos figuran en el homenaje a Lesseps; así, el oferente fue David López-Penha, un judío sefardita procedente de Curazao que rápidamente se había constituido en una de las figuras más importantes del comercio local. (Un suelto de su autoría había circulado el día anterior por las calles, en el cual empezaba diciendo: “Ahí viene el gran hombre. Ya el bajel que lo trae surca la faz de los abismos a impulsos del vapor siguiendo los rumbos que trazaron las carabelas milagrosas de Colón...”¹).

* Una primera versión de este estudio fue publicado en el *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, vol. 30, n.º 33, Bogotá, 1993.

¹ Revollo, Pedro María. “Reminiscencia”, en *Revista Mejoras*, vol. 3, n.º 28, Barranquilla, septiembre de 1935, pág. 92.

Otros estaban afuera, en calidad de curiosos, subidos a las ventanas del hotel San Nicolás, como Torcuato Ortega, Ernesto Palacio, José Ramón Vergara, Antenor Moreno y el propio cronista, todos ellos figuras de algún relieve literario en la Barranquilla de principios de siglo.

La fiesta fue, como se decía en la época, un *succès*. El poeta cartagenero, radicado en Barranquilla, Joaquín Pablo Posada, cuyo fuerte era la improvisación, no resistió las ganas de echar su tercio al aire, y así declamó los versos cuyo final decía:

Siente el pueblo colombiano
que es rendir culto al anciano
que el mismo Dios nos envía
a quien el genio inspiró
y con brava intrepidez
tronchó el istmo de Suez
y el África separó.
El que Colombia aguardó
anhelante aquí está.
El ha dicho qué será
y con sus potentes brazos
hará saltar en pedazos
al istmo de Panamá.²

Pero la presencia cultural, tanto en la Barranquilla que encontró Lesseps, y que apenas superaba los diez mil habitantes, como en la de fines de siglo, y que ya llegaba a los cincuenta mil, no era muy fuerte.

² Revollo, Pedro María, *op. cit.*, pág. 29.

A diferencia de una Bogotá que se ufanaba del remoque de “Atenas suramericana”, aquí el comercio y el respeto al dinero eran los valores más aceptados. La protuberancia del hecho nos la demuestra un editorial de *Rigoletto*, uno de los periódicos locales de mayor circulación, cuando decía:

Creemos en Barranquilla que nuestros fáciles triunfos en el campo de la industria y el progreso, triunfos que debemos más al favor de Dios que inspiró a los fundadores de esta ciudad, vecina de un río caudaloso y de un mar frecuentado, preservan para el porvenir y nos auguran uno espléndido y risueño. Mírase aquí con indiferencia, sinó antipatía todo lo que no gira en órbita del comercio y la industria, han formado (sic) así un medio exageradamente mercantil, en donde se mueren y languidecen como flores en el hielo, las inteligencias que por ley de selección nacieron inaparentes para aquellas rudísimas luchas (...) No se lee en Barranquilla no se escribe tampoco (...) los pocos que puedan escribir algo no escriben porque están seguros de no ser leídos, ni comprendidos, les causa además escalofríos pensar que en las provincias persigue una muerte negra a los que llama la burguesía despreciativa e irónicamente literatos.³

El editorial, de posible autoría de Julio H. Palacio, político e historiador, o del director del periódico, y poeta, Eduardo Ortega, era escrito con conocimiento de causa.

Pero no todo era balances contables. Alrededor de El Ateneo —que devino en el Teatro Cisneros y posteriormente en el Emiliano— se aglutinaba la modesta tertulia literaria. Rubén

³ *Rigoletto*, Barranquilla, 11 de septiembre, 1902.

Darío pasó en 1892 por Cartagena, aunque no hay datos de que hubiera tocado suelo barranquillero; sí se sabe de su correspondencia con Abraham Zacarías López-Penha y con Francisco Valiente, pintor, fotógrafo y homeópata, autor del tratado *El triunfo definitivo de la homeopatía*. El poeta nicaragüense le dedicó a este último estos discutibles versos:

La calle de la amargura
nos ve llevar nuestra cruz,
pero en tu cámara oscura
penetra un rayo de luz.⁴

La influencia del nicaragüense se comprueba cuando, para finales de la época, A. Z. López-Penha publicaba la revista *Azul*, órgano de su librería, y Augusto N. Samper editaba un tomito de versos titulado *Gris*. Es para esas mismas fechas cuando Torcuato Ortega publicaba sus *Treinta sonetos*, Ernesto O. Palacio escribía en periódicos y revistas sus poemas, que posteriormente serían recogidos en el libro titulado *Matices*, y Julio N. Galofre publicaba *La poesía americana* y *Crepusculario*. De todos ellos, el crítico Fernando E. Baena dijo que tenían fuerte influencia del poeta mexicano Salvador Díaz Mirón.

El calificativo de “modernistas” dado a estos poetas puede pecar de exagerado. La mayoría de sus versos y los que logran salvarse, tienen en forma marcada la influencia de Bartrina, Campoamor y Núñez de Arce más que la de Díaz Mirón, Rubén Darío o Silva. Si, como se decía en el manifiesto redactado por Eugenio Díaz Romero en *El Mercurio*

⁴ Copia de la carta con fecha 21 de octubre de 1893 procedente de Buenos Aires (Archivo de Carlos Pardey).

rio de América, los propósitos del movimiento modernista eran “levantar oficialmente la bandera de la peregrinación estética que hoy hace con visible esfuerzo la juventud de la América Latina, a los santos lugares del arte y a los desconocidos orientes del ensueño”⁵, la bandera levantada en este villorrio era de colores muy apagados.

Pero algo se movía, aunque cauto en la poesía y tímidamente en la prosa. El entorno, repito, no ayudaba. Como un dato revelador de la época, en un suelto de los primeros números de *El Comercio*, dirigido por Clemente Salazar Mesura, se decía:

Agradecemos a *The Shipping List* sus buenos deseos por el feliz éxito de nuestra aventurada empresa en establecer un diario en esta ciudad de 35.000 habitantes. Según el humorista y bien intencionado colega, de ese guarismo es preciso descartar la primera cifra (3), por los que no saben leer, del remanente hay que quitar los que no leen por no pagar, y los que leen... y no pagan.⁶

Otro detalle revelador del momento fue el escándalo motivado por las crónicas y comentarios periodísticos que Juan Ramón Xiques, dominicano radicado entre nosotros, empezó a escribir en *El Comercio* con el seudónimo de Raúl. A sus detractores el cronista respondió:

Parece mentira que asunto tan pequeño, las “Notas a lápiz”, haya levantado pólvora tan inmensa, sobre el Ca-

⁵ Valverde, José María. *Historia de la literatura latinoamericana*, México: Difusión Editorial, 1974, pág. 148.

⁶ Gómez Olaciregui, Aureliano. *Prensa y periodismo en Barranquilla. Siglo XIX*, Barranquilla: Imp. Departamental, 1967, pág. 158.

mellón, en la Alcaldía, en el Club, en la Prefectura, en la iglesia de San Nicolás, en la plaza de la Tenería, en la calle del Dividivi, en todas partes, en fin se habla, se grita, se disputa, se pelea. Hay quien insulta. Así pues, indudable que el público padece de los nervios. Quizás es un ataque de epilepsia provocado por la falta de hábitos. Sensiblería, gazmoñería, hipocresía social.

Nervios, cuestión de nervios. Bien dijo aquel sabio cuando declaró en pleno congreso de médicos que este es el siglo de la neurosis. Ustedes, los impresionables y exaltados, están neuróticos. Recurran al doctor Ramón Urueta, aventajado discípulo de Charcot, para que los cure o, si no, hagan uso continuado del Elíxir Polibromurado de Boudry.

También sería bueno que leyeran con detenimiento a Max Nordau, el inspirado, elocuente autor de *Las mentiras convencionales de nuestra civilización*.

Os asustáis de mis notas y lleváis a vuestras hijas a que presencien en el teatro las representaciones de *El nudo gordiano*, de *La dama de las camelias* y de *La Mascota*. Os asustáis de mis notas y permitís que vuestras hijas se familiaricen con Chateaubriand y Byron.⁷

Pero si un periodismo moderno era excepcional, la prosa narrativa también se daba a cuentagotas. En 1905 solo se habían editado como novelas *Camila Sánchez*, *La desposada de una sombra* y *En tierra de filisteos*, de Abraham Zacarías López-Penha; *Un ideal*, de Teodosio Goenaga, publicada por entregas en *Rigoletto*, y *A fuego lento*, impresa en el ex-

⁷ Gómez Olaciregui, Aureliano, *op. cit.*, pág. 159.

tranjero y de autor cubano, pero que traigo a colación por situar la trama en Barranquilla. Un año después se editó el curioso libro *Fräulein Emma*, una novela española, firmada por Juan Servert, y con un capítulo cuya acción ocurre también en esta ciudad.

Las demás actividades culturales se movían muy poco, a no ser que hagamos mención de las presentaciones teatrales, que tenían un sentido más recreativo que cultural.

No faltaban, sin embargo, los ídolos populares, como el violinista Narciso Garay, apodado “El Paganini colombiano”, o la soprano Conchita Nicolao, “La Alondra de Cartagena”, y de quien en una reseña periodística el poeta Juan V. Padilla decía así: “Su pecho sube y baja y ondula como el mar”.⁸

II

UN MODERNISTA A LA FUERZA: A. Z. LÓPEZ-PENHA

En enero de 1895 el vapor *Amérique* naufragó frente a las costas de Sabanilla. Entre sus pasajeros se encontraban José A. Silva y el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo. Como se sabe, en este naufragio Silva perdió casi toda su obra inédita (entre ellas *Cuentos negros*, *Los poemas de la carne*, *Almas muertas* y las novelas *Del agua mansa* y *Un ensayo de perfumería*. También *De sobremesa*, que fue la única que rehizo). Los dos escritores, representantes muy característicos del “modernismo”, no simpatizaron ni por un momento. El guatemalteco gritaba mientras la popa hacía agua: “Mire, amigo, esas lejanías opalinas...” Silva

⁸ Goenaga, Miguel. *Lecturas locales: Crónicas de la vieja Barranquilla*, Barranquilla: Imp. Departamental, 1953.

contaba después el episodio, y añadía: “¡Esa es la única vez que he sentido ganas de matar!”⁹

Hay datos sobre el paso de Silva por Barranquilla proporcionados por Julio H. Palacio en *Historia de mi vida*, y también de la estadía de Gómez Carrillo en casa de Abraham Zacarías López-Penha.¹⁰ Curiosamente, en su autobiografía, *Treinta años de mi vida*, Gómez Carrillo no menciona ni el naufragio ni a su samaritano. Ya para esa época el nombre de A. Z. López-Penha era conocido en los círculos literarios del continente. Este judío sefardita oriundo de Curazao, nacido en 1865, se había establecido en Barranquilla desde 1887 al lado de su rico hermano David. En una de las pocas semblanzas que se tiene sobre él, Julio E. Blanco le recordaba así:

López-Penha era de raza judía. Buen negociante cual tal, naturalmente negociaba también con los libros (¿el riquísimo y elegantísimo romano, eruditísimo, además, Aticus, el amigo de Cicerón, no negociaba también con los libros?) no solo para venderlos sino para alquilarlos. El aspecto general de la persona es por lo demás distinguido. Y se realizan el trato con él por sus aficiones literarias, bastante cultivadas y sus gustos estéticos. Se muestra muy bien enterado del movimiento intelectual de Europa, de los Estados Unidos y de toda la América de habla española y portuguesa. Domina el inglés y el francés. Ha llegado hasta componer en este último idioma unos versos que ha dedicado “*au cher maître Pierre Loti*”, así como dedicara su ensayo de no-

⁹ Henríquez Ureña, Max. *Breve historia del modernismo*, 2a. ed., México: F.C.E., 1962, pág. 153.

¹⁰ Fuenmayor, Alfonso. “Un caso de evaporación”, en *Intermedio*, *Diario del Caribe*, Barranquilla, 15 de marzo de 1987.

vela, o más bien cuento largo, *La desposada de una sombra*, “al escritor eminente e ilustre correligionario doctor Max Nordau” con todas las rimbombancias de estos títulos. Pruebas manifiestas de su indefectible adhesión a la raza que es la suya y que lo hace presentarse a menudo con una convicción de suficiencia que raya en lo impetuoso.¹¹

Más adelante el escritor y filósofo barranquillero, Blanco, agregaba:

Periodista, articulista, novelista y poeta es todo eso fragmentariamente. Al fin y al cabo un producto o resultado del mismo medio que él ha descrito. E imposible me parece entonces que por él se logre la posibilidad de superación cuestionada. A decir verdad debo anotar en esta conexión que cuanto he leído de él me ha desconcertado no pocas veces, como por ejemplo cuando ha querido mostrarse con un cierto esnobismo de ente extravagante. Se me ha dicho que ha publicado una revista dirigida por él mismo con el título de *Flores y perlas*. Algo de lo que se ha llamado “modernismo” en literatura. Así dicha revista debía ser la expresión estrafalaria de flores de papel y perlas falsas.¹² (Nota: la revista fundada en 1895 era dirigida por Fernando E. Baena).

Julio H. Palacio nos da una semblanza más amable cuando dice:

El bullicioso hervir de la literatura nacional no se limita exclusivamente a Bogotá. En provincias hay también el gusto por las cosas del espíritu. De mi región puedo decir

¹¹ Blanco, Julio Enrique. “Un notable barranquillero olvidado: Abraham Zacarías López-Penha”, en *El Heraldo*, Barranquilla, 25 de abril de 1964, pág. 8

¹² *Ibid.*

que 1895 fue un año interesante. Lo marcan, con sello inconfundible, versos de Augusto N. Samper, poeta de honda inspiración, de delicados y nobles sentimientos, amante apasionado de la belleza en todas sus formas, que arrebató a las musas prematuramente la diosa cruel de la política. Y la irrupción en las letras indoamericanas de un poeta ultramodernista, fácil imitador de los decadentes franceses, a quienes puso con sus extravagancias, no desprovistas de genialidad, punto y raya. Me refiero a Abraham Z. López-Penha, que poseía una vastísima erudición, una cultura literaria tan exótica en mi ciudad nativa, dedicada preferentemente a las industrias y el comercio, “como un clavel en la cumbre del Chimborazo”. Pero López-Penha, a más de ser muy instruido, deseaba instruir a mis coterráneos y estableció una librería en la que se encontraban, y no a precios exagerados, las obras famosas que acabaran de publicarse en Francia y en España. No presumo que al hacerlo pensó hacer negocio de apreciable utilidad, y que no lo hizo. Eramos muy pocos sus clientes, que no solo íbamos al establecimiento a comprar libros, sino a holgarnos con la conversación amena e incisiva del propietario. López-Penha, judío pero desprovisto del sentido de los negocios, característico de su raza, fue generoso y desprendido de los bienes materiales, tuvo, o tiene, pues de fijo no sé si aún vive, y la última noticia que de él tuve es la de que estaba entregado al espiritismo, lo que comúnmente llamamos un carácter raro. Lo que vale decir trabajado por una incurable neurosis. De la franca expansión, pasaba súbitamente a la impenetrable reserva, al mutismo; afectuoso con sus amigos, de improviso dejaba de saludarlos y sin motivo ni causas los catalogaba entre sus enemigos y malquerientes. Había heredado de su hermano mayor, don David López-Penha, de quien ya hice gratas reminiscencias en estas notas de mi vida, una regular fortuna, y estaba en capacidad de publicar en ediciones de lujo sus obras literarias.

En 1895 dio a luz un tomo de versos, *Cromos*, que fue muy leído, no solo en las repúblicas indoamericanas, sino también en España. No fueron los críticos muy benévolos con *Cromos*. El comentador literario de *La Ilustración Española y Americana* de Madrid, a quien sería hiperbólico calificar de crítico, cargó recio sobre López-Penha, mas reconociéndole talentos y erudición y deplorando que se hubiera extraviado en la enmarañada selva de la nueva escuela “predestinada a desaparecer pronto”.

Poco después de la aparición de *Cromos* escribió y publicó López-Penha una novela, *Camila Sánchez*, que para mí tiene algún mérito por el casticismo de lenguaje y cierto conocimiento de la técnica de ese género literario.¹³

De estos retratos queda algo en claro: A. Z. López-Penha supo combinar en esa Barranquilla fenicia su carácter de comerciante (fue cacharrero, librero, boticario y empresario de cine) con su afición a las letras. También manejó su vida literaria con cierto método comercial. Fue, *avant la lettre*, un relacionista público. Todas sus obras, ya lo indica así Blanco, estuvieron dedicadas a personalidades de la época. *Camila Sánchez*, al poeta español Gaspar Núñez de Arce; *La desposada de una sombra*, a Max Nordau; su libro de poemas *Incoherencias*, al senador monarquista español Ángel Pulido, y *Varios a varios* (libro con poemas de Luis Carlos López, Manuel Cervera y él mismo), a don Miguel de Unamuno.

Desde 1893 se carteaba con Rubén Darío. Se conoce el texto de la respuesta del nicaragüense cuando este le dice, entre otros apartes: “Cabalmente acabo de leer algunas de las

¹³ Palacio, Julio H. *Historia de mi vida*, Bogotá: Congreso de la República, 1990.

radicaladas en mi contra y su carta me ha venido a quitar aquella mala impresión de los que atacan mi nombramiento por ser yo centroamericano...”, y más adelante agrega: “los que me atacan porque soy admirador y amigo del Dr. Núñez revelan un espíritu en verdad muy espeso, y un carácter que no ha sido bautizado en aguas de nobleza. Pero, no nos ocupemos de esas cosas, mi buen amigo, señor López-Penha”. Al final de la carta le dice: “he leído con placer sus versos sonoros, sus prosas. No deje de mandarme cuanto diario pueda de esos países. Aquí está uno tan lejos y cuesta tanto llegar a tener la más pequeña noticia.”¹⁴

En su carta a Sanín Cano desde Caracas, a finales de 1894, José A. Silva se quejaba de que la prensa de Caracas concediera preferencias a firmas como la del salvadoreño Arturo Ambrogui y la de los barranquilleros A. Z. López-Penha y Ernesto O. Palacio, lo que indica que nuestro hombre lograba colocar sus colaboraciones en la prensa extranjera.¹⁵

Pero si el hombre en sus relaciones epistolares y de negocios sabía el empleo de las formas debidas, en su trato personal parece que era especialmente difícil.

Así, Gregorio Castañeda Aragón comenta cómo después de haber alternado con él en el bar “La Estrella”, cuando fue a comprarle algo en su librería, López-Penha sumergió la cabeza en el libro de cuentas para no tener que saludarlo. Es del mismo poeta samario la anécdota de que nuestro hombre siempre llevaba en el bolsillo del saco medio ladri-

¹⁴ Carta de Rubén Darío a A. Z. López-Penha. Octubre, 1893 (Archivo de Carlos Pardey).

¹⁵ Silva, José Asunción. *Obra completa*, Medellín: Bedout, 1970, pág. 366.